

LA VIA VICO COMO PRETEXTO EN ISAIAH BERLIN: CONTRACORRIENTE, ANTIMONISMO Y PLURALISMO

Por Jose M. Sevilla



Estudio bibliográfico-crítico que traza la recepción viquiana en las obras de Sir Isaiah Berlin y analiza la interpretación que éste ofrece del pensamiento de Vico, integrándolo en una línea «contra-corriente» con referencia a la Ilustración y asumiéndolo en la concepción pluralista y antimonista de la historia cultural defendida por el propio Berlin.

A critical bibliographical study which traces the Vichian reception in Sir Isaiah Berlin's works and analyzes his particular interpretation of Vico's thought. The paper moves along his views according to wich Vico is related with the «counter-current» movement against the Enlightenment and tries to emphasizes his efforts to comprise the Vichian doctrines in an antimonist and wilder open conception wich seems to be closely associated with Berlin's own concerns with cultural history.

Isaiah Berlin es un pensador lo suficientemente importante, conocido e influyente en la cultura occidental como para que atendamos a su nada despreciable dedicación viquiana y para que los estudiosos hispanos de Vico se congratulen por disponer en su ámbito cultural de la traducción en castellano de la mayoría de sus ensayos, o cuando menos de los más importantes, sobre las ideas del filósofo napolitano*. Gran número de estas ideas forman parte del *corpus*

*[Isaiah Berlin: *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas* (compilado por H. Hardy, introd. de R. Hausheer, trad. del inglés por H. Rodríguez Toro. Fondo de Cultura Económica, México, 1983. 455 pp.); Id.: *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas* (edición a cargo de H. Hardy, trad. de J.M. Alvarez Flórez, prólogo de S. Giner. Península, Barcelona, 1992. 266 pp.); Ramin Jahanbegloo: *I. Berlin en diálogo con Ramín Jahanbegloo* (trad. de M. Cohen. Anaya & Mario Muchnik, Madrid. 1993. 285 pp.); Juan Bosco Díaz Urmeneta: *Individuo y racionalidad moderna. Una lectura de I. Berlin* (Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla. Sevilla, 1994. 432 pp.)]

N.B.: Este estudio estaba concluido y listo para imprenta cuando la Universidad de Sevilla ha publicado el interesante estudio de Juan Bosco Díaz-Urmeneta Muñoz sobre Berlin. El libro se terminó de imprimir en diciembre de 1994 y ha sido puesto en circulación ya adentrado el año siguiente, pero gracias a la gentileza del autor, profesor también de la Universidad hispalense, he tenido oportunidad de leer la obra e incluir al menos en el presente trabajo una breve referencia sobre los dos capítulos (de un total de quince) que están dedicados a Vico. Tanto la calidad de la

intelectual del pensador e historiador inglés -oriundo de Riga, Letonia, de tal manera que cabe apreciar cierta «ósmosis» filosófica entre ambos pensadores: cabe una lectura de lo que Vico, como refuerzo y a veces como pretexto de ideas propias, deja en Berlin (no es gratuito el interés que le presta y su carácter recursivo); y cabe una lectura del Vico que Berlin pinta en la historia de las ideas haciéndolo emerger como actual en el discurso sobre la racionalidad moderna y, por qué no decirlo, atractivamente polémico.

1. Pese a la influencia crítica del fenomenalismo en el joven Berlin, ya éste a finales de los años treinta mostraba un indudable rechazo hacia el positivismo lógico, fundamentalmente a la sazón de su restrictivo concepto de experiencia, el cual, como opina Berlin desde un principio, necesitaba ser ampliado. En este ámbito de ampliación de la experiencia, se sitúan su modelación de una noción «creativa» del conocimiento, la configuración estética de la experiencia, la acción en la realidad y la relación del lenguaje, y la historia como único campo de las ideas. Tal predisposición filosófica, que puede cotejarse en el reciente estudio de J.B. Díaz-Urmeneta (*IRM*), podría decirse que incita el interés que Berlin comienza a mostrar desde principio de los años sesenta por la figura y las ideas de Vico, y cuyos estudios se plasman en varios trabajos, casi siempre, como él mismo dice, «por encargo». El encuentro con Vico fue casi fruto del azar; la primera vez, el Instituto Italiano londinense le invitó a que hablara de un pensador italiano. Y esta vicisitud marcó su elección por un pensamiento que, como opinara Collingwood, «se adelantó a su tiempo»: «elegí a Vico, un pensador original cuyo genio sólo llegó a apreciarse mucho después de su tiempo» (*RJ*, 107 y 127). Italia tenía muchos pensadores entre los que elegir. «Pero dentro de la filosofía propiamente dicha, el autor más original que han producido los italianos es Vico. Como Michelet y Sorel habían elogiado su genio me puse a leerlo; me fascinó, y pensé que podía decir algo sobre él.» (*RJ*, 128). Y así empezó a dar conferencias sobre el filósofo napolitano y a extenderse en el estudio de las ideas de aquel que considera un «pensador solitario, olvidado en su día y rescatado como genio por generaciones posteriores» (*RJ*, 107).

Estos estudios viquianos, que cronológicamente suceden a los que varios años antes, desde mediados de los cincuenta, realiza sobre la Ilustración, apuntando en profundidad al germen disolutorio de ésta en su propio seno, presentan la imagen de contrarrestación de ellos. De hecho, tanto la figura como las ideas claves de Vico constituyen para Berlin la visión del carácter contra-ilustrado, articulada en otros trabajos suyos sobre el pensamiento romántico. La bibliografía de Berlin no resulta parca en estos estudios. De ellos, nos interesan aquí aquellos referidos a Vico y, concretamente, como más significativos los que recopilados por su editor Henry Hardy se contienen en su libro de historia de las ideas *Against the Current* (The Hogarth Press, London, 1979; Viking Press, New York, 1980), tercer volumen publicado de sus «Selected Writings».

obra en sí, como el hecho de publicarse en castellano medio centenar de páginas dedicadas a Vico, merecen nuestra atención e inclusión en este estudio.

Abreviaturas de las obras citadas en el texto: *Contra la corriente* = CC; *El fuste torcido de la humanidad* = FTH; *I. Berlin en diálogo con Ramin Jahambegloo* = RJ; *Individuo y racionalidad moderna* = IRM; *Vico ed Herder* = VH; «Sir Isaiah Berlin. Conversación con Salvador Giner», *Claves*, 22, mayo 1992, pp. 44-47 = SG. Seguidos del número de página.

De los trece ensayos reimpresos en este volumen, dos son trabajos explícitos sobre Vico y otros dos, de índole más general, aspiran en Vico su *leit motiv* vertebrando el grueso de ambos discursos. Me refiero, por un lado, a «El concepto del conocimiento en Vico» y «Vico y el ideal de la Ilustración»; y por otro, a «La Contra-Ilustración» y «El divorcio entre las ciencias y las humanidades». Independientemente de lo que estos ensayos contribuyan para comprender mejor el andamiaje epistemológico y de ideas políticas y teoría histórica construido por Berlin, resultan de un precioso valor para la bibliografía viquiana en español. Lamentamos por ello que el compilador -como éste nos indica- haya omitido otro ensayo sobre Vico que debería haberse incluido en esta contribución a la historia de las ideas: «The Philosophical Ideas of G. Vico» (originalmente en *Art and Ideas in Eighteenth-Century Italy*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 1960, pp. 156-233), reproducido en forma revisada junto con «Herder and the Enlightenment» (originalmente en *Aspects of the Eighteenth Century*, Johns Hopkins Press, Baltimore, 1965) en la edición intitulada *Vico and Herder. Two Studies in the History of Ideas* (Hogarth Press & Viking Press, London & New York, 1976), traducido y publicado también en italiano (trad. e introd. de A. Verri, Armando Armando Ed., Roma, 1978).

La edición en lengua española de *Contra la corriente (Ensayos sobre historia de las ideas)*, en traducción de Hero Rodríguez Toro, contiene también al igual que en la edición original inglesa una interesante Introducción de Roger Hausheer -que en su parte VI (especialmente páginas 30-34) analiza los aspectos más destacados de los compilados ensayos viquianos y explicita la importancia de la interpretación que hace Berlin de las originales ideas de Vico- y una elaborada «Bibliografía de Isaiah Berlin» hasta 1980 (pp. 439-454) realizada por Henry Hardy que constituye un inestimable instrumento bibliográfico. Esta bibliografía ampliada por Hardy hasta 1992 se encuentra también reproducida en la sección final de la obra de Díaz-Urmeneta (*IRM*, 397-421) continuada por el autor con un elenco bibliográfico en castellano de Berlin, preciado aparato que permite visualmente situar de modo cronológico la dedicación prestada a Vico por el filósofo inglés.

Resulta indudable que Berlin ha sentido un especial interés tanto hacia las originales ideas de Vico como hacia su posición dentro del pensamiento occidental. Destaca que a su primer trabajo sobre el napolitano («The Philosophical Ideas of G.V.»), publicado en 1960, sigan otros que desarrollan cuestiones y problemas claves ramificados desde esta primera interpretación. Inevitablemente, Berlin interpreta y valora a Vico porque le interesan sus ideas; realiza un triple proceso de comprensión, asimilación y construcción para su propia concepción epistemológica e histórica, cuyo espectro tiende a irse completando a ojos del estudioso con sus directrices desplegadas hacia otros pensadores, como por ejemplo Hamann o, principalmente, Herder. Hasta cierto punto, puede decirse que buena parte de los ensayos que aparecen en *Contra la Corriente* vienen a ser amplificación de las ideas examinadas en *Vico and Herder*.

En 1965, cuando también edita «Herder and the Enlightenment», publica «Sulla teoria del Vico circa la conoscenza storica» (*Lettere Italiane*, 17, 1965, ott.-dic., pp. 420-431; reproducido dos años más tarde como «Appendice sulla teoria del Vico circa la conoscenza storica» en el volumen a cargo de V. Branca *Sensibilità e razionalità nel Settecento*, Sansoni Ed., Firenze, 1967, pp. 357-371), para más tarde publicar nuevamente en inglés «A Note of Vico's Concepts of Knowledge» dentro del homenaje a Vico dirigido por Giorgio Tagliacozzo *Giambattista Vico*.

An International Symposium, editado por G. Tagliacozzo y Hayden V. White (The John Hopkins Press, Baltimore, 1969; pp. 371-377), donde el mismo Berlin -junto con Max H. Fisch y Elio Gianturco- figura entre los consultores editoriales. Esta nota para el simposio, reproducida el 24 de abril de 1969 en *New York Review of Books* (pp. 23-26), aparece reimpressa también en *Against the Current*, por lo que se encuentra también en la correspondiente traducción al español. Entre 1969 y 1972 publica dos artículos divulgativos sobre Vico: «One the Boldest Innovators in the History of Human Thought» (*New York Times Magazine*, 23-XI-1969, pp. 76-100) y «Giambattista Vico» (*Listener*, 88, 1972, pp. 391-398), a los que seguirán dos ensayos en los que la referencia a Vico constituye el grueso de los trabajos: el ensayo, perfilado en torno a historia de las ideas, «The Counter-Enlightment» (*Dictionary of the History of Ideas*, Scribner's, New York, 1968-1973, vol. II 1973, pp. 110-112) y la discusión, sobre la brecha epistemológica abierta en pro del abismo separador entre las ciencias naturales y los estudios humanos, a la que dedica en 1974 su exposición, que fue la segunda conferencia del Tykociner Memorial, titulada «The Divorce between the Sciences and the Humanities» (The Second Tykociner Lecture, University of Illinois, Ill., 1974; reproducido en *Salmagundi*, XXVII, 1974, Summer-Autumn, pp. 9-39; y traducido al italiano en AA.VV., *G. Vico, Galiani, Joyce, Lévi-Strauss, Piaget*, ed. a cargo de G. Tagliacozzo, Armando Armando Ed., Roma, 1975); ambos ensayos recogidos igualmente en *Against the Current* y también, por tanto, editados en español.

La imagen antirracionalista de Vico ha cuajado en ensayos anteriores, pero la figura de contra idealista-ilustrado diseñada en estos trabajos toma mayor consistencia en «Vico and the Ideal of Enlightenment», contribución de Berlin al congreso organizado por el Institute for Vico Studies «Vico and Contemporary Thought» celebrado en Nueva York en el mes de enero de 1976 (*Social Research*, 43, 1976, 3 Autumn & 4 Winter, -n. 3 pp. 251-263; reimpr. *Vico and Contemporary Thought*, G. Tagliacozzo, M. Mooney & D.P. Verene Eds., Humanities Press Atlantic Highlands, 1980 -pp. 640-653; además también con un Comentario a la ponencia de D.P. Verene -hay trad. española-, ensayo traducido al italiano (en AA.VV., *Leggere Vico*, E. Rivero ed., Spirali, Milano, 1982, pp. 56-66) y recopilado también en *Against the Current*, donde aparece sin la última sección «The Working of Providence». El ensayo se halla publicado, de este modo, traducido en español en dos distintas ediciones: una, en *Contra la Corriente*, y otra -que sí contiene la referida sección final- en *Vico y el pensamiento contemporáneo* (trad. de M.A. Díez-Canedo y S. Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pp. 235-247). Alguna reseña y críticas, así como réplicas y discusiones en torno al debate sobre Vico («Corsi e ricorsi», reseña de «Giambattista Vico's Science of Humanity» -1976-, en *Journal of Modern History*, 50, 1978, pp. 480-489; «I. Berlin Responds to the Foregoing Criticism of His Works», *London Review of Books*, 1981, 5-8 nov., pp. 7-8; «Reply to Hans Aarsleff's Letter», *Ibid.*, 1982, 3-6 June, p. 5; «Discussions on Vico», *The Philosophical Quarterly*, XXXV, 1985, 140, pp. 281-290) llenan espacios en la bibliografía viquiana de Berlin, quien en los años más cercanos ha continuado interesándose por el filósofo napolitano, como se aprecia en sus contribuciones «Giambattista Vico and Cultural History» (originalmente para el libro de L.S. Cauman et al. eds.: AA.VV., *How Many Questions? Essays in Honor of Sidney Morgenbesser*, Heckett, Indianapolis, 1983, pp. 474-498), y «Note on Alleged Relativism in Eighteenth Century European Thought» (*British Journal for Eighteenth-Century Studies*, n. 3, 1980, pp.

89-106; reeditado también posteriormente en L. Pompa y W.H. Dray eds., *Substance and Form in History*, Univ. Edimburgh Press, Edim. 1981), ambos recogidos en su recientemente aparecida compilación *The Crooked Timber of Humanity. Chapters in the History of Ideas* (a cargo de H. Hardy, J. Murray. London, 1990). Esta última obra ha sido editada también en castellano al poco tiempo: *El fuste torcido de la humanidad. Capítulos de historia de las ideas* (trad. de José M. Álvarez Flores, Ediciones Península, Barcelona, 1992) conteniendo los dos ensayos citados: «G. Vico y la historia cultural» (pp. 65-83) y «El supuesto relativismo del pensamiento europeo del siglo XVIII» (pp. 85-101).

2. De los ensayos recogidos en *Contra la Corriente*, «Vico y su concepto del conocimiento» (pp. 178-187) se significa en el marco de posibilidad de un modo de conocimiento definido por su capacidad creadora, es decir constructiva, inventiva: el conocimiento «per caussas» («scientia») que permite conocer «desde dentro»; la fundamentación que conecta el «verum» y el «factum»; y la posibilidad de un conocimiento histórico. La distinción viquiana de dos tipos de «conocimiento» humano y la fundamentación epistemológica de «ciencia» en el ámbito de las desdenadas cosas humanas con un tipo de conocimiento «interno», «directo», «desde dentro», que Vico descubre y posteriormente Herder y los historicistas alemanes desarrollan como doctrinas de la «Einfühlung» y el «Verstehen», resulta para Berlin algo de una dimensión filosófica incalculable. Por si esta «novedad» fuera poco, culmina Vico su originalidad al otorgar a la historia humana la categoría de «scienza»: «su más audaz contribución -dice Berlin-, el concepto de 'filología', historicismo antropológico, la noción de que puede haber una ciencia de la mente que es la historia de su desarrollo, el darse cuenta que las ideas evolucionan, que el conocimiento no es una red estática de verdades eternas, universales, claras, ya sean platónicas o cartesianas, sino un proceso social, que este proceso se puede rastrear a través de (pues en cierto sentido es idéntico a) la evolución de los símbolos -palabras, gestos, cuadros, y sus patrones del alteración, funciones, estructuras y usos- esta visión transformadora, uno de los más grandes descubrimientos en la historia del pensamiento estaba aún en lo futuro.» (CC, 180). Pero aún más, para Berlin, «la nueva concepción de la filosofía como conciencia de la experiencia acumulada de sociedades enteras» no habría germinado «sin el principio central que es la última demanda de Vico a la inmortalidad: el principio de acuerdo con el cual el hombre puede entenderse a sí mismo porque entiende, en el proceso, su pasado» (CC, 181), siendo capaz de «reconstruir imaginativamente» aquello que es experiencia tanto propia como ajena. Berlin reivindica de este modo que Vico «descubrió una especie de conocimiento», semillero de lo que luego creció como «Verstehen» en el historicismo alemán; «descubrió un sentido de conocimiento que es básico a todos los estudios humanos», un conocimiento de «una especie propia»: «fundado en la memoria o la imaginación» y no analizable sino «en términos de sí mismo»; aquello que, a falta de mejor frase según Berlin, se le llama «perspicacia imaginativa», llave necesaria para comprender la estructura «interna» de algo (CC, 185). Haber identificado este sentido del conocimiento es el logro epistemológico de Vico. «Su programa para el 'nuevo' acercamiento a las ciencias humanas se funda en ello» (*ibid.*).

De los diez trabajos restantes compilados, los otros tres ensayos en relación con Vico: «La Contra-Ilustración» (pp. 59-84), «El divorcio entre las ciencias y las humanidades» (pp. 144-

177), y «Vico y el ideal de la Ilustración» (pp.188-198), todos de la década de los setenta, se integran en la línea revisionista histórico-filosófica con que Berlin examina momentos, aspectos e ideas claves en la cultura occidental: el resquebrajamiento de buena parte de los ideales de la Ilustración generado interiormente desde sus propias pretensiones de excesivo universalismo racionalista con un monismo jerarquizante de la verdad; la ruptura en el ámbito del saber entre ciencias categoriales y ciencias humanas; y la frustración de los ideales utópicos en Occidente, aparejada a las revueltas (¿románticas?) contra las indefinibles e insostenibles ideas de sociedades perfectas y la racional-fideísta creencia mantenedora de un tipo de mundo ideal.

Si en «Vico y su concepto del conocimiento» queda patente el interés de Berlin por el pluralismo en el ámbito del conocimiento, examinando en el napolitano la fundamentación del modelo epistemológico de las ciencias humanas y apreciando su indudable aplicabilidad en el ámbito de la historia, en estos otros tres ensayos el denominador común va a ser la pluralidad de ideas, que permite, y así lo evidencia, la variación y la longitud de alcance de las ideas en la historia. Para Berlin, la variante más radical en este sentido, que se percibe desde la Reforma y cuya potencia se halla activada con fuerza en nuestro mundo contemporáneo, es sin duda la revuelta -por usar una categoría viquiana, diríamos *contesa* intelectual- caecida primeramente en Italia en la primera mitad del s. XVIII y afianzada posteriormente en Alemania, que da lugar a una corriente de ideas transformadora del mundo y que genera no pocos movimientos filosóficos y estéticos modernos. Los genes de esta corriente aparecen como una variación en la historia de las ideas, son «pensadores antinómicos contrarios a las tradiciones centrales, racionalistas y científicas del occidente» (CC, Introd., 26). Entre los ensayos que Berlin dedica a examinar la originalidad de algunos de estos pensadores, sobresale «La Contra-Ilustración». Ahí, el examen más satisfactorio para Berlin parece ser el dedicado a Vico, pues la extraordinaria luminosidad de su genio se engrandece aún más cuando se atiende al caso de que Vico se encuentra históricamente alejado en el tiempo y por su emplazamiento aparentemente aislado respecto del grupo que conforman los otros pensadores examinados, y sin embargo en él se encuentran anticipadas las principales ideas y doctrinas centrales que han movido el pensamiento de los otros posteriormente. Este estar «en contra» es oposición y, por tanto, dinamicidad; resistencia y vida, que diría Sorel («todo lo que vive resiste»). Son pensadores como Vico, Herder, Hamann e incluso, para Berlin, también Montesquieu (más cercano a Vico y Herder que a Voltaire y los enciclopedistas), quienes van «contra la corriente» de pensamiento encauzada entre los muros pretextados del racionalismo y la «cientificidad». La labor horadora de éstos no se fija exclusivamente en la crítica de ideas, sino en la embestida permanente hacia los propios bastiones del *uniformitarianismo* (usando un término de Lovejoy). En el caso de Vico, los dos campos de batalla se definen, por un lado, en su oposición a la actitud de reducir todas las formas de conocimiento a la de una sola clase (matemático), a la admisión de un único modo de conocimiento «científico» basado en el método de las ciencias naturales y al desprecio moderno por la ciencia de la historia y los estudios humanísticos; y, por otro lado, en su negativa postura ante la mantenida creencia iluminista en una concepción inmutable de la naturaleza humana, fija e idéntica, universal en todo tiempo y en cualquier lugar. Consecuentemente, los dos frentes contra los que lucha son el cartesianismo y la línea inmovilista de

los iusnaturalistas o teóricos de la ley natural. En forma semejante, p.e., la antítesis para Hamann y Herder se sitúa en el dogmatismo de los ilustrados franceses. «Si Vico deseó sacudir los pilares sobre los que descansaba la Ilustración de su época, (...) Hamann deseó aplastarlos» (CC, 65). El frente de Montesquieu, inseminador de la ilustración francesa pero también heredero de la tradición escéptica, es el propio dogma interno de la Ilustración estructurado en el monismo unificante universal de que todo es explicable en términos de una ley general. Con matices, diríase que frente a los ideales de la Ilustración Vico es un innovador revolucionario, Herder un luchador infatigable, Montesquieu un subversivo. Los tres representan la divergencia, el socavamiento, el temblor y el rompimiento de los pilares universalistas y racionalistas de la Ilustración; y en proporción, son «hacedores de pluralismo», en tanto reconocedores de una ilimitada variedad de culturas y sistemas de valores los cuales resultan igualmente importantes, fundamentales y válidos por sí mismos. Ideas incompatibles, por tanto, con la concepción de un esquema general de soluciones universalmente válido y eterno permanentemente impermeable a los cambios, con la presuposición de la mismidad de la naturaleza humana en todo tiempo y lugar, con la noción utópica de una sociedad o una edad ideal racional, o con la noción optimista de progreso indefinido. En definitiva, innovadores antiuniversalismo, antifundacionalismo, antiegocentrismo y contramonismo, constituyen los cuatro ases del portentoso envite.

«La oposición a las ideas centrales de la Ilustración francesa, y a sus aliados y discípulos en otros países europeos, es tan vieja como el movimiento mismo», afirma Berlin al principio de «La Contra-Ilustración» (CC, 59), en cuya sección I describe una frustrante insustancialidad en los primordiales dogmas de la Ilustración y cómo, «a despecho de las profundas diferencias de perspectiva hubo un amplio campo de acuerdo acerca de puntos fundamentales: la realidad de la ley natural (ya no más formulada en el lenguaje de la doctrina ortodoxa católica o protestante), y de principios eternos, sólo a través de los cuales los hombres llegarían a ser sabios, felices, virtuosos y libres» (CC, 62). Un grupo de «principios universales e inalterables» que rigen tanto para defistas y ateos, optimistas y pesimistas, puritanos, dogmáticos progresistas y neocreyentes de la ciencia; leyes que gobernaban por igual la naturaleza animada e inanimada, los acontecimientos, los hechos históricos, la vida humana, las sociedades, las civilizaciones y las épocas históricas. Los pensadores diferirían en qué leyes pueden ser éstas, pero la realidad y la posibilidad de conocimiento de tales leyes constituía el dogma central de la Ilustración. «El ataque a esto constituye la más formidable reacción contra este cuerpo dominante de creencias» (*ibid.*). Vico supo prever, porque lo percibió en aquello que componía las raíces de tal movimiento, lo que otros más tarde verían; e incluso «podría haber tenido un papel decisivo en este contramovimiento» si alguien fuera de Italia le hubiese prestado atención (*ibid.*). No obstante, para Berlin, «el olvidado Vico» (RJ, 122) es el puntal más original de dicho «contramovimiento», por lo que no duda en dedicarle buena parte de la sección II de este trabajo (especialmente pp. 62-66). Le interesa primordialmente el hecho de que Vico ha interpretado las actividades humanas como «expresión» de aquello que los hombres somos y, por tanto, como «comprensión» interhumana y del pasado del cual emergemos. Las instituciones que contienen estas actividades, «contienen una visión del mundo». Lenguaje, mitos, leyes, etc., son ante todo «formas de autoexpresión» y obedecen a «patrones inteligibles», razón por la que

«es posible reconstruir la vida de otras sociedades, aun aquellas remotas en tiempo y lugar y absolutamente primitivas, preguntándose uno mismo qué clase de estructura de ideas humanas, sentimientos, acciones, pudo haber generado la poesía, los monumentos, la mitología que fueron su expresión natural.» (CC, 63). Los «patrones» de crecimiento humano, individual y socialmente, son localizables. Gracias a esta perspicaz percepción, Vico es el primero que entendió y expuso qué es la cultura humana; nadie antes que él había concebido el portentoso intento de establecer la idea de cultura. «El concepto de cultura como patrón, no como organismo único sino como modo de existir, es la principal contribución de Vico a la historia de las ideas» (RJ, 105).

La concepción viquiana de la historia cultural mantiene un pluralismo expresivo y un relativismo historicista (que Berlin matizará posteriormente). Berlin admira el modo en que, sin ambages, Vico afirmó la noción de culturas como formas de expresión únicas en etapas de desarrollo y opina que buena parte de la importancia de Vico consiste en «la insistencia sobre la pluralidad de las culturas y el carácter consecuentemente falaz de la idea de que hay una y sólo una estructura de la realidad que el filósofo ilustrado puede ver como verdaderamente es y que puede (cuando menos en principio) describir en lenguaje lógicamente perfecto» (CC, 64). Es el Vico que, contra la creencia ilustrada, mantiene el valor de los mitos y de la poesía como encarnación de una visión auténtica del mundo, y que sostiene el valor expresivo único de la propia experiencia colectiva que ofrece cada cultura desarrollándose con sus propios medios de expresión igualmente auténticos. Es este Vico quien, para Berlin, «fundamentó las bases de la antropología cultural comparada, y de la lingüística, estética y jurisprudencia histórica comparadas» al concebir sus elementos como las únicas claves ciertas, entendidas como «formas cambiantes de la conciencia colectiva» (*ibid.*).

En «Vico y el ideal de la Ilustración», Berlin apunta como tema central del pensamiento viquiano, a tenor de todo lo expuesto, la contienda entre monismo y pluralismo, argumentando sobre «la relación de las opiniones de Vico respecto a la noción de una sociedad perfecta» (CC, 188): en su análisis de las culturas, «Vico echó las bases de la atención a las diferencias antes que a las similitudes. Y eso es la raíz del pluralismo» (RJ, 109). El mismo planteamiento general que Berlin retomará en su «G. Vico y la historia cultural» (incluido en *El fuste torcido de la humanidad*) se despliega en este análisis sobre las relaciones de las tesis pluralistas expuestas en los libros sobre «El descubrimiento del verdadero Homero», las cuales desintegran uno de los conceptos más antiguos y profundamente penetrantes del pensamiento occidental, cual es el concepto de una sociedad ideal o perfecta contra la que se evalúan las imperfecciones de las sociedades reales. Como concepción opuesta a las tesis generalmente admitidas por su época, esta sola contraposición viquiana «hubiera sido suficiente para poder revelar el poder y la originalidad de su pensamiento» (CC, 198): «Después de Vico, el conflicto de monismo y pluralismo, valores intemporales e historicismo, se convertirá más pronto o más tarde en un tema central» (*ibid.*).

En la misma línea anterior, el examen de Vico realizado en «La Contra-Ilustración» conduce la aportación principal viquiana más hacia el ámbito del historicismo antropológico que del histórico cultural explícitamente. Coherentemente apunta Berlin que, siendo tan célebre la teoría de Vico de los ciclos del desarrollo cultural, sin embargo «no es su contribución

más original para la comprensión de la sociedad o la historia. Su acción revolucionaria es haber negado la doctrina de una ley natural intemporal, cuyas verdades pudieron haber sido conocidas en principio por cualquier hombre, en cualquier tiempo, en cualquier lugar. Audazmente Vico negó esta doctrina, que constituyó el núcleo de la tradición occidental, desde Aristóteles hasta nuestros días.» (CC, 63-64; cfr. RJ, 106). Su historicismo se muestra claramente incompatible con la noción de las verdades intemporales (la verdad, la bondad, la belleza a las que algunos individuos y culturas se acercan más que otros) y con la opinión de un progreso sostenido; concepciones a las que su doctrina historicista «propinó un golpe poderoso». Y, aún más, fue también Vico quien «trazó una clara línea entre las ciencias naturales, que tratan con la relativamente inalterable naturaleza del mundo físico visto desde 'afuera', y los estudios humanísticos, que ven la evolución de la sociedad desde 'dentro', a través de una especie de perspicacia empática» (CC, 64). Este tema se hace clave en la aceptación que Berlin tiene de Vico (así p.e. en *Vico and Herder*), y aparece como sostén de los otros tres estudios viquianos recopilados en el libro manteniendo una idea señalada: Vico resquebraja la línea de pensamiento de la tradición occidental. Y aunque actúe en soledad, no es el único; no es un solitario, no está solo en su lucha histórica. Están también, p.e., Herder y Montesquieu. Este último, aún considerado uno de los fundadores de la Ilustración, debido a su -moderado- relativismo escéptico se comporta, según hemos dicho, como un «subversivo» dentro de ésta (vid. «Montesquieu», en CC, 199-232). En opinión de Berlin, curiosamente, «Montesquieu no era un relativista acerca de la verdad» (p. 229) sino en su concepción pluralista sobre las sociedades y su estimulante temor al dogmatismo; tampoco Vico es en esencia un relativista (p. 197), pero su concepción historicista (para Berlin, en la línea del más maduro historicismo) podría conducir «a un temerario relativismo» respecto a la noción de progreso (p. 169). No obstante, en este ámbito de pluralidad y relativismo, que interesa y place al propio Berlin, la «relatividad de Vico fue más allá que la de Montesquieu». Si la opinión viquiana sobre la pluralidad de las culturas «fue correcta» -argumenta Berlin-, «fue subversiva ante la noción de verdades absolutas y de una sociedad perfecta fundada sobre ellas, no solamente en la práctica sino en principio» (p. 65). A pesar del uso del calificativo relativista, para Berlin, Vico no lo es en un sentido «duro», sino como coherente pluralista; tesis que aclarará en posteriores ensayos prestando especial atención a esta cuestión.

Sin embargo, la influencia en su tiempo le resulta aún incierta a Berlin. El supuesto relativismo de Vico se entiende en cambio, prístinamente, como pluralismo en el ensayo «El supuesto relativismo del s. XVIII» (en *El fuste torcido de la humanidad*), acercado a su propia concepción del pluralismo relativista: no la indefinición del «todo vale» sino la aceptación de una variedad de experiencias. Basculando entre el optimismo iluminista y el pesimismo nihilista, el pluralismo de Vico afirma la diversidad histórica, moral, etc., pero también un «fondo común» de verdad que permite la comprensión y la comunicación; nos deja la herencia de una concepción pluralista que acepta y defiende la objetividad de las experiencias y los valores particulares de los individuos (sean individuos concretos o comunidades culturales) y sin embargo esto es lo que realza y da valor a la «mente común» y a «la naturaleza común de las naciones».

Vico adquiere la imagen de un luchador antiabsolutista, cuya posición crítica ante el racionalismo, el cientifismo, el monismo racionalista y el progresismo optimista ilustrados, se

continuará en la línea de este contramovimiento con perfiles historicistas, irracionalistas o románticos, respecto de la que Hamann es el primero de los pensadores que la acusan y, a continuación, Herder, Jacobi, Möser, y el despliegue romántico donde destacan Schelling, el antiintelectualismo de Burke e incluso el tradicionalismo reaccionario (De Maistre). Todas estas perspectivas asoman en el examen realizado en «La Contra-Ilustración», y en realidad son continuadas en otros ensayos también recogidos en este volumen. Por ejemplo, en «Hume y las fuentes del antirracionalismo alemán» (CC, 233-260), Berlin analiza la radicalidad de la batalla entablada por el teólogo y filósofo de Königsberg, J. G. Hamann, teniendo como base dos concepciones humeanas. En el ensayo sobre Montesquieu, ya citado, acerca el pensador francés a Vico y Herder y lo sopesa más como un pluralista que un monista. En otro escrito, nos muestra a Maquiavelo rompedor de esquemas monistas y constructor aun inconscientemente de un turbador pluralismo ético-político («La originalidad de Maquiavelo», CC, 85-143). Un artículo sobre «Nacionalismo: pasado olvidado y poder presente» (CC, 415-438), donde examina diversos movimientos que son expresión moderna de reacciones que en el siglo XVIII dan a luz el nacionalismo, y un ensayo sobre Georges Sorel -autor que al final del XIX escribía con admiración sobre Vico- (CC, 375-414) y otro sobre Herzen (CC, 261-286), tienen como temas puntuales no pocos de los problemas planteados en los ensayos sobre Vico y sobre Herder y, principalmente, la fermentación de ideas halladas en «el corazón de la gran revuelta en contra del racionalismo y la Ilustración» (CC, 378). Algunas de las principales ideas del arrollador Herder trazan también los hilos de los ensayos «La vida y opiniones de Moses Hess» (CC, 287-327) y sobre Disraelí y Marx (CC, 328-364), estando presentes también en el breve ensayo sobre Verdi (CC, 365-374).

La afirmación berliniana de la originalidad de Vico e importancia de sus ideas, se remacha dentro de un contexto predominantemente epistemológico en el ensayo «El divorcio entre las ciencias y las humanidades» (CC, 144-177), si bien otras formulaciones que cimentan la figura de Vico como un «cismático» cultural no son tan sostenibles si no resultan correctamente puntualizadas, como ya criticara esta condición Pietro Piovani en referencia a este ensayo de Berlin («Lo 'scisma' di Vico», *Bollettino del Centro di Studi Vichiani*, VII, 1977, pp. 152-156). Berlin se sitúa en el hecho de «la creciente tensión entre las ciencias naturales y las humanidades y especialmente el momento de su gran divorcio» (CC, 144). El punto de partida no es otro que la «tradicición» frecuentemente sostenida de la creencia en un progreso constante del conocimiento humano, cuyos métodos y caminos deberán por tanto ser idénticos en toda la esfera del conocimiento; y que, en consecuencia, toda esta «esfera» crece estructurada con pautas idénticas, optimizándose así la idea de que «las construcciones de la razón y de la ciencia, de un solo sistema que lo abarcara todo, que pretendiera explicar la naturaleza de las cosas, o ir más allá y dictar, a la luz de esto, lo que uno debería hacer, ser y creer» (p. 146), era la única dirección del conocimiento humano. En definitiva, lo que ha sido «el programa de la Ilustración moderna» según Berlin, provoca «una reacción» como tantas otras veces ha ocurrido a lo largo de la historia. En este caso, Berlin no trata esta reacción encaminada al «divorcio» como una manifestación dialéctica más entre un tira y afloja de contrarios, sino que examina el «ataque crítico a la pretensión total del nuevo método científico para dominar el campo entero del conocimiento humano, en sus formas ya metafísicas -«a priori»- o empíricas-

probabilísticas» (*ibíd.*). El curso del «ataque», que parte de un argumento racional, se aboca hacia la gran separación entre las ciencias naturales y las ciencias humanas o del espíritu. El interés por la actualidad del asunto se halla, no obstante, en que la validez de esta *ruptura* ha sido puesta en duda desde entonces y «permanece hasta hoy como un asunto central y altamente controversial» (p. 147). Descartes y Bacon removieron y liberaron el espíritu de la época, son los «grandes liberadores de la época» que hacen posible los triunfos del método científico en el XVII que posibilita el «prestigio» de los sustentadores del modelo científico dominante, tal que «su fuerte implicación de que sólo lo que era cuantificable, o cuando menos medible -aquello a lo que en principio podían aplicársele métodos matemáticos- era real» vino a reforzar con fuerza «la antigua convicción de que para cada pregunta había sólo una verdadera respuesta, una universal, eterna, incambiable» (p. 151). Aquello que parece ser así en las «ciencias naturales» sustenta entonces el apéndice de que el criterio de verdad objetiva es la demostración lógica y genera la consecuencia de modelos científicos, que son aplicación de los descubrimientos de la ciencia a las vidas de los hombres y a los ámbitos de la política, de la moral, de la historia, etc. Hobbes y Spinoza son, p.e., figuras dentro de este «movimiento». Pero, para Berlin, la «figura más famosa» es sin duda Voltaire («su más talentoso propagandista»). Y, en definitiva, aquello que lo define es la apreciación de que sea la representación central de la Ilustración.

Aunque el tema no es el mismo, Berlin se mueve en este ensayo por la similar senda que en «La Contra-Ilustración». ¿Cómo «arrojar luz sobre la diferencia radical de actitudes que marcaron una división crucial de los caminos»? Berlin se sirve del contraste entre dos ejemplares figuras de opiniones opuestas: Voltaire es para él -en afamada descripción de Friedrich Meinecke- «el banquero de la Ilustración»; por contraposición, Vico fue su «primero y más fuerte opositor» (CC, 152). El elemento principal contra el que se centra primeramente la «reacción», a juicio de Berlin, es «la clasificación de toda la experiencia humana en términos de valores absolutos e intemporales»; punto contra el que comenzó a oponerse en principio «la Contra-Ilustración de los suizos, los ingleses y los alemanes», que propició «la gran revolución intelectual de la que Herder fue el apóstol más influyente» (p. 157). Pero antes de este incipiente «contramovimiento» Berlin destaca la consideración de la nueva concepción del estudio de la historia que plantea Vico; una concepción -dice- «de carácter antivolteriano». Todo el último tercio del ensayo (pp. 158-177) lo dedica expresamente a Vico. Perfila su figura, la situación histórica, sus inquietudes intelectuales, el legado humanista, y reseña el proceso viquiano de constitución epistemológica. A Berlin le interesa, en ese momento, aparcarse su examen en la idea de que «los hombres podían conocer ‘desde dentro’ sólo lo que ellos habían hecho, y nada más» (p. 160), para saltar al «paso radical» que Vico realiza más tarde al reconocer que existe «un campo de conocimiento además del de las construcciones hechas obviamente por el hombre -obras de arte o esquemas políticos, o sistemas legales y, ciertamente, todas las disciplinas fijadas mediante reglas- que los hombres podían conocer desde dentro: la historia humana, pues ésta también había sido hecha por los hombres» (p. 160). A diferencia del mundo natural «externo», la historia no consiste sólo en cosas, acontecimientos y secuencias, sino también en *relato* de las actividades humanas, cognoscibles «directamente» por los hombres porque nos hallamos envueltos en ellas. «Con respecto a nosotros mismos éramos observadores privilegiados con una perspectiva ‘interna’: ignorarla en favor del ideal de una ciencia unificada de

todo lo que hay, un método de investigación único, universal, era insistir en una deliberada ignorancia en el nombre de un dogma materialista de lo que únicamente podía ser conocido», formula Berlin (pp. 161-162). Vico es pues un radical opositor no sólo de los deterministas y de los filósofos mecanicistas en general, sino de los positivistas y de los monistas unificacionistas (es decir, reduccionistas).

En «El divorcio entre las ciencias y las humanidades», se afirma así que Vico fue el primer pensador que mostró la división existente entre el ámbito de la ciencia natural y el de las humanidades, afianzado en su descubrimiento de la *comprensión* y en la revalorización de las facultades fantásticas. «Vico es el primero en descubrir que la ‘comprensión’ es distinta del conocimiento, por ejemplo, del mundo exterior. Hablamos de la Naturaleza, pero lo que sabemos de ella es lo que descubrimos del mundo exterior. Vemos y sentimos los cuerpos; pero también podemos decir qué se siente como ser humano corporizado porque tenemos de la experiencia una visión ‘interior’, no de observadores sino de actores; y de esto trata la Ciencia Nueva» (RJ, 109). Es decir, «sabemos cómo es una mesa, pero no sabemos qué es ser una mesa. Comprender las culturas del pasado es comprender qué perseguía esa gente. Cómo se veía respecto a los demás. Cómo veían el mundo y cómo se veían en el mundo.» (*ibid.*).

Pasar del hecho de que somos capaces de comprender a otros semejantes («entender en algún modo directo»), a la aplicación de que somos igualmente capaces de entender el pasado, es un problema que Vico resuelve con la «tal vez más audaz y la más original de sus ideas», al declarar que las tres llaves para ingresar en los mundos del pasado son el lenguaje, los mitos y los ritos (comportamiento institucional). «La tarea que tienen aquellos que desean comprender qué clase de vidas se han llevado a cabo en lo pasado en sociedades diferentes de las propias, es comprender sus mundos: esto es, concebir qué clase de visión del mundo deben haber tenido hombres que usaron una clase particular de lenguaje, para que ese tipo de lenguaje hubiera sido una expresión natural de ésa.» (CC, 163). «Comprender» la historia «es comprender lo que los hombres hicieron en el mundo en que se encontraron, lo que exigieron de él, cuáles fueron las necesidades sentidas, las metas, los ideales» (p. 171). Ello es posible gracias a la facultad que Vico llama *fantasia* -para Berlin «imaginación» o «fantasía reconstructora»- mediante la cual «es posible ‘penetrar’ mentes muy diferentes a las nuestras». Para entender esta facultad, conviene acercarse al paralelismo establecido por Vico entre el desarrollo de un individuo y el desarrollo de una especie, entre macrocosmos y microcosmos individual, a la analogía entre el desarrollo de un individuo y un pueblo; considerando la «memoria» como lo que se halla más cerca de «la requerida facultad de comprensión imaginativa -‘fantasia’- con la que reconstruiremos el pasado humano» (p. 165). El propósito de «comprendernos» se dirige genéticamente: «su abordamiento es genético, pues sólo a través de su génesis, reconstruida por la ‘fantasia’, (...) cualquier cosa puede ser verdaderamente comprendida»; aunque para ello es necesario poseer una desarrollada «fantasia», que es decir «perspicacia imaginativa» (p. 170, n. 9; y p. 173; cfr. la más desarrollada exposición en *Vico ed Herder*, espec. pp. 60-66; vid. J.M. Sevilla, «Universales poéticos, fantasía y racionalidad», *Cuadernos sobre Vico*, 3, 1993, pp. 67-113). Esta interpretación berliniana, discutida y contrastada con las distintas entre sí de Leon Pompa y de Donald Phillip Verene en diversos escritos, centra la atención de Berlin y abre un marco de discusión muy interesante hoy en el ámbito de los estudios viquianos.

En su aplicación, Vico reconstruye inteligiblemente el pasado sobre la base de considerar las distintas experiencias presupuestas (experiencias en sus «propias formas características» y directas formas de expresión), formulaciones que alejan al pensador napolitano de las concepciones que sobre el lenguaje, los mitos y los ritos, además de otras actividades históricas, mantuvieron los príncipes de la Ilustración.

No sólo la consideración hacia nuevos tipos de experiencia, o el descubrimiento de la facultad comprensiva, o el reconocimiento del valor de la especificidad de las culturas, son trazos que configuran el cuadro «contrailustrado» que Berlin pinta de Vico. Igual de intenso resulta el colorido que ilumina la idea central antropológico-histórica que opone Vico a la noción dominante en la tradición occidental: frente al inalterable carácter de la naturaleza humana básica opone una naturaleza humana cambiante. Para mostrarlo, Vico nos ha guiado hasta la oscuridad de los primitivos orígenes históricos humanos, eligiendo al «uomo bestione» en vez del «uomo sapiente». Indudablemente, la teoría viquiana del «uomo bestione», vista en el esquema metodológico más amplio de la *Scienza nuova*, resulta una teoría que imprime rigurosidad a toda la concepción genético-crítica de Vico, a cuya base se sitúa la formulación de que el hombre ha comenzado primero como «bestia» antes de ser «humano». Lo que confirma que en la ciencia humana no se deban usar tipos de modelos inmutables-inalterables-eternos, al gusto de las ciencias naturales, en cuanto la misma naturaleza humana es cambiante y el mundo humano ha sido hecho por los hombres, quienes a su vez se desarrollan y constituyen históricamente su naturaleza (y por tanto pueden conocer y tener ciencia en la historia). Todo el conocimiento no es, pues, de una clase unificada; la relatividad, la pluralidad y el desarrollo gradual cambiante vendrían definidos como corolarios de tal formulación. Categorías como las de autocreación y autotransformación humanas, así como la de perpetua actividad, se significan para Berlin en la doctrina viquiana sobre las etapas de desarrollo histórico, donde no es concebible una sucesión «mecánica» con un ideal de perfección. «No hay progreso de lo imperfecto hacia lo perfecto pues la mera noción de perfección entraña un criterio absoluto de valor; sólo hay cambio inteligible» (CC, 166). Cada época histórica, etapa cultural, o estadio de civilización, posee su categorización de mejoría al igual que de peoría, genera sus propias actividades y expresiones con valor de mismidad o propiedad, con sus propios cánones valorativos meliorativos o peyorativos. «Las formas posteriores no son ni mejores ni peores que las anteriores, simplemente diferentes para ser juzgadas cada una como la expresión de su propia cultura particular» (p. 169). La «nueva historia» atiende pues a la sucesión y variedad de la experiencia y actividad de los hombres, «de su continua autotransformación desde una cultura hacia otra». Esta orientación desplaza la idea de una naturaleza humana intemporal e incambiable, en refuerzo de la noción de un proceso de crecimiento lento desde los principios bestiales de la ferinidad.

Sin embargo, este relativismo antropológico implica también para Berlin un relativismo moral, político, y en general de valores humanos: «No hay un concepto de justicia, propiedad, libertad o derechos inalterable e intemporal; estos valores se alteran conforme se altera la estructura social de la que son parte, y los objetos creados por la mente y la imaginación en la que están incorporados estos valores se altera de fase a fase» (CC, 168). Es este relativismo el que se separa de la idea del crecimiento acumulativo de conocimiento, del monismo

cientifista unificado y progresivo. Y es en este punto donde, para Berlin, con Vico «se marca el gran rompimiento entre la noción de conocimiento positivo y entendimiento» (p. 171). Mantener las ideas como hacía Vico «significaba, en realidad, nadar contra corriente» (VH, 141), metáfora que inspira el título de esta recopilación de ensayos.

3. El mérito de Vico consiste no tanto en el descubrimiento de nuevos hechos como en desvelar nuevos problemas (VH, 96). El denotado emergente interés por Vico y sus ideas no deja de ser, parafraseando el juicio emitido por Berlin en relación a Verdi, un síntoma de cordura en nuestro tiempo. El mismo interés de Berlin por el pensamiento de Vico no deja de ser sintomático: se encuentra en la raíz de dos concepciones atribuíblemente berlinianas: su concepto de *imaginación histórica* o *perspicacia imaginativa* y su creciente noción de *pluralismo*. La idea de naturaleza humana, la cual según Berlin está a la base de los demás órdenes de ideas (éticas, sociales, políticas, etc.), concebida como un proceso histórico y en gran manera producto de éste asume la concepción historicista-antropológica que Vico articula. Una naturaleza humana cambiante y desarrollándose históricamente a través del tiempo, que puede ser comprendida a través de su propia historia. Una de las cuestiones centrales en torno a este proceso de «comprensión» es, como hemos expuesto, la noción de que hay una facultad concreta y apropiada para este tipo de conocimiento: la imaginación «reconstructora», que Vico ha fundamentado con el nombre de «fantasia».

Si bien puede afirmarse, como comenzamos diciendo, que el Vico de Berlin es un Vico «berliniano», presentado y defendido a través de las nociones preconizadas por Berlin y tamizado por aquellas cuestiones que inquietan su propio pensamiento; también es cierto que Berlin se halla conectado con Vico en sus ideas, y en parecida proporción, ciertamente, con Herder, en una intersección de pensamiento que madura en la época contemporánea. Lo que hacía inevitable que Vico y Berlin tuvieran que encontrarse en nuestra época, como un *ricorso* en la propia historia de las ideas al modo imaginado por el napolitano, síntoma de que los tiempos están cambiando, porque en realidad su propia naturaleza es estar siempre cambiando. Y así como Vico lo percibió hace doscientos cincuenta años, el maestro oxoniense vuelve a reflexionar recreando esta percepción.

Berlin, según propias declaraciones a entrevistadores, ya desconfiaba de la existencia de un único *logos* que fuera la respuesta exclusiva a las preguntas sobre el mundo y que permitiese la construcción de un todo armónico e ideal, racional y garante de una sociedad perfecta. Pero fue su encuentro con Vico -y en parte también con Maquiavelo- lo que le constató que el fundamento del universalismo occidental era inconsistente y gelatinoso; y fue Vico también quien le empujó a buscar otra línea epistemológica y otra perspectiva teórica nuevas. Además, el intento berliniano por asumir el pluralismo cultural y la compleja tensionalidad de las realidades humanas, encuentra en Vico una experiencia práctica de ese teorizado pluralismo que se refleja en la misma aceptación de posiciones filosóficas diferentes y a veces opuestas y alternativas que asume el propio Berlin, sin ánimo de eclecticismo ni pretensión de relativismo.

Pluralismo, no relativismo. Este es el tema clave que vertebra *El fuste torcido de la humanidad*; en particular es la base de su incluido ensayo sobre «Giambattista Vico y la historia cultural» (FTH, 65-83) y el de grueso contenido viquiano titulado «El supuesto relativismo del

pensamiento europeo del siglo XVIII» (FTH, 85-101). Si el principal *leit motiv* viquiano en *Contra la corriente* es el pluralismo epistemológico, ahora, en cambio, el núcleo primordial es el pluralismo cultural. Pero también las ideas de Vico están conformando esta visión. Respondiendo al entrevistador Salvador Giner, dice Berlin: «si reconocemos un cierto grado de común humanidad, de común naturaleza humana, rechazaremos el relativismo. [...] Creo que es posible una teoría de la naturaleza humana, siempre que sus fines no sean desmesurados, y sean finitos, y también siempre que no se entienda como si ésta poseyera un meollo inalterable. [...] hay en la vida y la cultura, un pluralismo. Pluralismo no es relativismo. El pluralismo significa que pueden construirse toda suerte de valores humanos objetivos, de formas de vida, no que todo valga por igual. [...] no creo que existan valores absolutos, sí los hay objetivos. [...] Y, a pesar de mi afirmación contra la creencia en valores absolutos estoy en contra, no sólo del relativismo sino del determinismo» (SG, 46). Berlin distingue pues entre el relativismo y el pluralismo que acepta la objetividad de los valores particulares sea de individuos o de comunidades culturales. A su vez, distingue también ya claramente ese pluralismo en Vico, que antes, como hemos visto, aún se presentaba entre las brumas de una posible confusión con el relativismo duro. En estos últimos ensayos, es ya claramente la herencia pluralista de Vico la que anida en Berlin, aunque con el mismo sentido por el que despertara su interés hacia él: «Me interesa la creencia de Vico y Herder en la pluralidad de la cultura, cada cual con su propio centro de gravedad, en una variedad de culturas con perspectivas diferentes, nuevas, imprevistas y actitudes contrapuestas. Me parece que Vico comprendió, como nadie antes que él, que las culturas -el sentido de lo que significa el mundo para las sociedades, de la percepción que hombres y mujeres tienen de sí mismos colectivamente, en relación con los otros y con el medio- difieren unas de otras» (JR, 56). Con Vico se resquebraja la ilusión de un progreso continuo e indefinido de la razón, al estilo volteriano de precipitación ilustrada. Leyendo a Vico y a Herder, «se me reforzó la idea de que la historia no es una progresión lineal, rígida.» (*ibid.*). La asunción de Vico, como también de Herder (Berlin establece una conexión de influencias asombrosas entre ambos -cfr. VH- y de un posible «puente» entre el italiano y el alemán -cfr. RJ, 119-120), dentro del concepto de «Contra-ilustración», donde se les alinea con reaccionarios antilustrados y tradicionalistas como Burke, Maistre o Bonald, no supone una lectura reaccionaria del napolitano sino más bien un interés por aquellos críticos que han sabido ver el errado valor de conceptos centrales y aspectos concretos de implicaciones posteriores inadecuadas. En la clarificadora conversación con Ramin Jahanbegloo, donde además de continuas y recursivas referencias se dedica un apartado de la entrevista a «Vico o una ciencia nueva» (RJ, 105-110), queda patente su interés por Vico en una profesión de fe: «¿Por qué me interesan Vico y Herder? Soy fundamentalmente un racionalista liberal. Me identifico profundamente con los valores predicados por pensadores como Voltaire, Helvétius, Holbach, Condorcet. Tal vez fueran demasiado estrechos, y muchas veces se equivocaron respecto a los hechos de la naturaleza humana, pero eso no mengua su condición de grandes liberadores. Liberaron a las gentes de diversos horrores, del oscurantismo y el fanatismo, de enfoques monstruosos. Se opusieron a la crueldad, a la opresión, libraron la lucha apropiada contra la superstición y la ignorancia y contra muchas cosas que arruinaban la vida de la gente. Por eso estoy de su lado. Pero son dogmáticos y demasiado simplistas. Si me

interesan los puntos de vista de la oposición es porque creo que comprendiéndolos uno afina su visión; los enemigos inteligentes y dotados de la Ilustración suelen señalar las falacias y vacuidades de su pensamiento. Los ataques críticos que llevan al conocimiento me interesan más que la repetición y la defensa de los lugares comunes de y sobre la Ilustración.» (RJ, 97-98). El pluralismo de Vico resulta, pues, para nuestro «racionalista liberal» una buena vacuna para, en vez de renunciar a la Ilustración, poder redescubrir críticamente su complejidad.

De los ocho ensayos agrupados en el volumen *El fuste torcido de la humanidad*, dos atienden a Vico, aunque, como en el caso de *Contra la corriente*, en todos estos capítulos de historia de las ideas se tratan temas similares proyectados en ámbitos distintos (los ensayos sobre Maistre y el origen del fascismo; sobre el origen del nacionalismo; sobre la unidad europea y sus vicisitudes; sobre la incoherencia de la idea de una edad ideal futura -la rebelión romántica-; sobre la decadencia de las ideas utópicas en Occidente; su propio relato autobiográfico cuestionando el universalismo occidental y la idealización del pensamiento utópico; sobre la especificación en torno al «supuesto» relativismo del siglo XVIII y la clarificación del «pluralismo»; y sobre la raigalidad de la historia cultural en Vico).

En «Giambattista Vico y la historia cultural» (FTH, 65-83) y en «El supuesto relativismo del pensamiento europeo del siglo XVIII» (FTH, 85-101), Berlin retoma a Vico como el pensador antimonista-progresista (es decir como pluralista, no relativista) que percibe la diversidad de las culturas y afirma el valor intrínseco de la diferenciación. Su interés por el napolitano se centra aún más, como también por ejemplo con Herder o con Herzen, en cuanto que Vico es capaz de mantener en sana convivencia un universalismo moral (en cualquier lugar y en todo tiempo, acaeciendo las mismas circunstancias el hombre se mueve por las mismas pasiones) y una concepción común de la naturaleza humana, con la defensa de un pluralismo antimecanicista que afirma la diversidad de la originalidad de los valores y el reconocimiento de la multiplicidad de las verdades. De hecho, en el proyecto berliniano se centraliza el intento de cohabitación entre lo válido y rescatable del universalismo de la Ilustración, con la afirmación de una común naturaleza moral inherente a la concepción de naturaleza humana, y la consideración de la diversidad de los fines y de los valores últimos diferentes e incluso opuestos y confrontados. «Giambattista Vico y la historia cultural» contribuye a reforzar la interpretación del Vico aperturista de la noción de diversidad cultural.

La afirmación de que lo diferente es tan importante como lo común, supone ya un enfrentamiento con la concepción histórica ilustrada francesa, ejemplificada en Voltaire, con sus «adalides optimistas» como «la noción misma de progreso entre los *philosophes* del siglo XVIII» (Condorcet y Helvetius, p.e.), y lo que ello entraña: la existencia de unos fines intemporales e inmutables que los hombres racionales podrían conocer y solucionar como los teoremas matemáticos o las leyes físicas, la «idea de que la verdad es una e indivisa, y la misma para todos los hombres en todas partes en todas las épocas» (FTH, 68); es decir, «la idea de que la luz de la verdad, *lumen naturale*, era en todas partes y siempre la misma, aunque los hombres fuesen a menudo demasiado malvados o estúpidos o débiles para descubrirla, o, si la descubrían, para vivir sus vidas guiados por su resplandor» (*ibid.*). El culto a la unidad, tanto en el platonismo como en el cristianismo y en el racionalismo ilustrado, se rompe al cuestionar la reducción de la diversidad a un esquema único, ideal profundamente influido por el progreso

triumfal de las ciencias naturales; implicando a su vez la oposición «a las pretensiones de la racionalidad intemporal, a la afirmación de validez universal». En este punto de vista se alinean también, como es sabido, Herder y la historicista escuela jurídica alemana; a la vez que «el culto a una variedad rica» fue lo que constituyó el núcleo básico del movimiento romántico.

Lejos de concebir el desarrollo de la civilización como un movimiento lineal único o como un proceso dialéctico de oposiciones en superación, era posible «entender que las culturas son muchas y diversas, y que cada una de ellas expresa escalas de valoración distintas de las otras y a veces incompatibles con ellas, aunque sean susceptibles de comprensión y entendimiento, es decir, de que las vean observadores dotados de una penetración histórica suficientemente aguda y solidaria, como modos de vida a los que los seres humanos podían atenerse manteniéndose plenamente humanos.» (FTH, 73). Esta posibilidad de *ver* el pasado «a través de los ojos de los que vivieron, desde dentro», esta capacidad de *penetración histórica* que exige un «considerable esfuerzo» pero permite comprender de este modo *internamente*, es el modo de conocimiento que en otros ensayos ya analizados anteriormente Berlin denomina, como se ha mostrado, «perspicacia imaginativa» o «intuición imaginativa», incluso «imaginación histórica» (cfr. FTH, 94), cuyo descubrimiento efectivo es atribuido a Herder, aunque fue Vico quien posibilitó antes su aplicación metodológica. Con su enfoque «audaz, original y fructífero» Vico pone en práctica «la penetración imaginativa», lo que él denomina *fantasia* (considerable en su modalidad epistemológica), interesado en la experiencia no ya de los individuos concretos sino de las sociedades enteras (verdaderos «individuos» históricos), para *entrar en o descender a* las mentes de los hombres primitivos a través de las «modificazioni della nostra medesima mente umana» (cfr. SN 1744, & 331).

La importancia genuina y primordial que Berlin reconoce a esta cuestión de la *fantasia* no es una concesión laudatoria a la entera perspectiva viquiana, pues en cambio, p.e., con razón ha afirmado también el oxoniense que la concepción cíclica de la historia «es su doctrina menos original» (RJ, 106; cfr. *cit. supra* CC, 63-64); su reconocimiento lo es a un (el) «elemento indispensable para su concepción del saber histórico» (FTH, 76). A Vico, «predecesor olvidado de la escuela histórica alemana» y el primero y «más terrible» adversario de las doctrinas antihistóricas del derecho natural, hay que considerarlo «el progenitor de la antropología histórica» (FTH, 77): «El método de Vico es, fundamentalmente, el mismo tipo de método que utilizan los antropólogos sociales más modernos para intentar comprender la conducta y las elaboraciones imaginativas de tribus primitivas (o lo que queda de ellas), cuyos mitos e historias y metáforas y símiles y alegorías no rechazan como disparates absurdos, confusión mental de bárbaros irracionales e infantiles (como podía hacer el siglo XVIII), sino que buscan ante todo una clave que les permita acceder a sus mundos, ver con sus ojos, recordar que los hombres (como dijo un filósofo posterior) son para sí mismos sujetos y objetos a la vez.» (FTH, 75; cfr. 94-95). Y Vico descubrió que, «con un esfuerzo suficiente de la imaginación» era posible entender lo que debió parecerle el mundo a otros hombres alejados en otro espacio o en otro tiempo, cuando ejercían diferentes lenguajes, realizaban otros ritos o creaban diversas obras de arte como medios naturales de autoexpresión intentando entender y explicarse a sí mismos y a su propio mundo (vg. el «universal fantástico», como *modelo o retrato ideal*, es un mismo modo de pensamiento y expresión, piensa Vico; cfr. SN 1744, && 34, 209, 235, 404; conocida

sobradamente su identificación de pensamiento y lenguaje, así también su afirmación de éste como actividad inventiva y autoexpresiva que posibilita la racionalidad y la comunicación) .

Para Berlin, pues, «Vico es el padre del concepto moderno de cultura y de lo que podríamos llamar pluralismo cultural, de acuerdo con el cual cada cultura auténtica tiene una visión única propia, una escala de valores propia, a la que, en el curso del desarrollo, acaban desplazando otras visiones y valores, pero nunca del todo: es decir, los sistemas de valores anteriores no llegan a resultar totalmente ininteligibles para las generaciones subsiguientes.» (FTH, 74). La diferencia con relativistas, como Spengler p.e., es pues notable. Vico no supone a los hombres encerrados de forma estanca en monádicas culturas o edades. Por muchas diferencias que existan, siempre es posible, aunque «con gran esfuerzo», como se anuncia en la *Scienza nuova, comprender lo diferente*. El primado epistemológico que reza en los párrafos 2 y 331 de la edición de 1744 afirma que lo que han hecho los hombres no sólo «pueden» sino que «deben» entenderlo otros hombres. En esa dirección, se primará siempre el método de comprensión en base a la comunicación antes que la recurrencia a otros métodos científicos impositivos; naturaleza humana «común» implica, como el primordial «senso comune», disposición de «comunidad» y posibilidad de «comunicación». Sin la facultad fantástica sería imposible «resucitar el pasado» y, por tanto, llegar a comprendernos a nosotros mismos plenamente. Pero el papel de la imaginación no deberá coparlo todo, tal cual no llegó a cegar al propio Vico, como bien reconoce Berlin, que alegaba también por la necesidad de verificación y por la instrumentalización de los métodos críticos apropiados para el examen de los datos históricos.

Consecuentemente, el despliegue de la capacidad penetrante de la imaginación desmitifica también la egológica soberbia racional y la onfálica visión de una civilización que impone sus propios cánones, gustos y valores como reglas interpretativas del pasado. Gran parte de la *Scienza nuova* está dedicada a mostrar esto, desde una incursión práctica en una época primitiva y brutal a los ojos del pensamiento racional pero también maravillosa, creadora y poética, sobre todo en los libros dedicados al «descubrimiento del verdadero Homero». «Hay algo audazmente original en un pensador que, en una civilización tan satisfecha de sí misma como en la que nació, que se consideraba enormemente adelantada respecto a la brutalidad, el absurdo, la ignorancia de épocas anteriores, osó sostener que sólo una época cruel, salvaje y, para generaciones posteriores, moralmente repugnante, podía haber creado un poema sublime inigualable [referido a Homero]. Esto equivale a rechazar la posibilidad misma de una armonía de todas las excelencias de un mundo ideal. De esto se deduce que juzgar los logros de una época cualquiera aplicándoles un criterio único absoluto (el de los críticos y teóricos de un período posterior) no sólo es antihistórico y anacrónico, sino que se basa en una falacia, la de suponer que existen normas atemporales (los valores ideales de un mundo ideal) cuando en realidad algunas de las obras más admiradas de los hombres están orgánicamente vinculadas a una cultura algunos de cuyos aspectos debemos (quizá no podemos evitar) condenar, aunque podamos asegurar que entendemos por qué hombres emplazados como estaban ellos podían sentir, pensar y actuar como lo hacían.» (FTH, 81-82). «La autocomprensión es el mayor requerimiento del hombre», ha escrito a propósito de Disraeli y Marx (CC, 364).

Resulta, como se aprecia, recursivo el argumento berliniano sobre, digámoslo con metáfora joyceana, «el camino Vico» al igual que en otros ensayos anteriores: consecuente

resquebrajamiento de la idea de una sociedad o una época perfecta, de un progreso indefinido hacia una plenitud total, del supuesto implícito de que la naturaleza humana es siempre la misma, de que cualquier verdad podría haber sido descubierta por cualquiera en cualquier época utilizando correctamente la razón, de la existencia bajo diferentes versiones de una razón inmutable y eterna. Vico, como dirá su mentor acerca de la herejía -madre del pluralismo y del relativismo- «es el germen de una perspectiva más amplia» (*RJ*, 80).

La confrontación con todo ese orden de creencias seculares que genera la Ilustración y que sustentan numerosos principios de la modernidad, se hace patente de forma más justificada en «El supuesto relativismo del pensamiento del siglo XVIII». Todas aquellas creencias, que van desde el universalismo monista postcartesiano hasta la concepción del hombre natural rousseauiano, tienen quizás «el supuesto más profundo del pensamiento occidental» en la creencia de que era «posible establecer la verdad última en todas las áreas del pensamiento humano aplicando las leyes de las ciencias naturales» (*FTH*, 87); posición combatida por esos «dos de los padres del historicismo moderno, Vico y Herder» (*ibid.*). Entiéndase «historicismo», para Berlín, en el sentido germánico de Meinecke y Troeltsch, incluso de Croce, y no en el sentido popperiano (aunque también las interpretaciones de Croce y Collingwood son matizadas: ciertamente «en Vico hay un historicismo», pero las interpretaciones de ambos se caracterizan en que «usaron a Vico para sus propios fines» -*RJ*, 107). También, confundiendo su historicismo, Vico y Herder han sido a veces tachados de «relativistas», tema que Berlín viene a aclarar teniendo así excusa para exponer su opinión sobre el relativismo, a la que ya anteriormente nos hemos referido y de la que ahora sólo nos queda aclarar un par de cuestiones.

Berlín considera que resulta clarificador apreciar que existen al menos «dos tipos de relativismo»: uno en sentido «fuerte» (que niega la posibilidad misma de conocimiento objetivo de los hechos, remitiendo a los intereses sociales y teóricos que condicionan toda creencia) y otro en un sentido «débil» (que considera valores o puntos de vista completos). Nadie parece haber atribuido un relativismo de la primera versión a la crítica que Vico y Herder realizan a la trama antihistórica que perciben en las *lumières*. Para Vico, cada cultura es una fase inconmensurable con las otras, con su propia luz y su propia racionalidad, cuyo proceso no siempre es totalmente inteligible para nosotros, pero que si «se interpreta o, peor aún, se valora una civilización aplicando criterios que sólo tienen sentido para otras civilizaciones, se tergiversa su carácter, por una forma de lo que se combate hoy como imperialismo cultural» (*FTH*, 89). De ahí la posición pugnantemente contra el anacronismo y el egocentrismo cultural, así como también la reivindicación del uso de una facultad imaginativa especial. Es esa concepción viquiano-herderiana de la autonomía cultural de las diferentes sociedades y de la inconmensurabilidad de sus sistemas de valores, lo que se ha visto a veces como un «relativismo» del segundo tipo (una ambigua visión que Berlín incluso ha mantenido también, con parte de culpa, en sus primeros ensayos viquianos), debido a su representación bajo la forma de oposición a algunos de los principios fundamentales de la Ilustración. Para Berlín, «esta *idée reçue*» le parece «un error generalizado». Ninguno de los dos era en realidad un relativista («partidarios de la ideología según la cual las ideas y actitudes de los individuos y de los grupos están indefectiblemente determinadas por factores condicionantes variables»), sino «simplemente historicistas que sostienen que el pensamiento y la actuación de los seres humanos sólo

son del todo inteligibles en relación con su marco histórico» (FTH, 90). El relativismo en su forma moderna, que para Berlin emergió de las fuentes del irracionalismo romántico alemán, «tiende a surgir de la idea de que los puntos de vista de los hombres están inevitablemente determinados por fuerzas que no suelen ser conscientes», y eso, a su juicio, no es atribuible ni a Vico ni a «ningún pensador influyente del siglo XVIII» (cfr. FTH, 91, 100-101).

Berlin revaloriza a Vico, pero también, una vez más, como un recurso, Vico (re)compensa a Berlin. Su teoría estética sobre el verdadero Homero le sirve de argumento al historiador de las ideas para exponer mejor lo que quiere afirmar, a saber, la separación, distinción y defensa del pluralismo frente al relativismo: a la doctrina de Vico «se la llama pluralismo». «Hay muchos fines, muchos valores últimos, objetivos, algunos incompatibles con otros, que persiguen diferentes sociedades en diferentes épocas, o grupos diferentes en la misma sociedad, clases enteras o iglesias o razas, o individuos particulares dentro de ellas, cada uno de los cuales puede hallarse sujeto a exigencias contrapuestas de fines incompatibles, pero igualmente objetivos y últimos. Estos fines pueden ser incompatibles, pero su variedad no puede ser ilimitada, pues la naturaleza de los hombres, aunque diversa y sujeta al cambio, debe poseer cierto carácter genérico para que pueda llamársele humana. Esto justifica, *a fortiori*, diferencias entre culturas enteras» (FTH, 92-93). El relativismo, en cambio, «es una cosa diferente»; es, en su opinión, «una doctrina según la cual el juicio de un hombre o un grupo, dado que es expresión o afirmación de un gusto, o una actitud emotiva o un punto de vista, es sólo lo que es, sin ninguna correspondencia objetiva que determine su veracidad o falsedad. A mi me gusta una montaña, a ti no; a mi me encanta la historia, a él le parece un camelo: todo depende del punto de vista de cada uno» (FTH, 93). Con el pluralismo de Vico y Herder, Berlin muestra que el relativismo no es la única alternativa al universalismo (o lo que Lovejoy llamó «uniformitarianismo») (cfr. FTH, 96 y 100); y que dicho pluralismo, en ese sentido viquiano-berliniano, no es tampoco nada extraño en la historia de las ideas, pues parece incluso anterior «al nuevo historicismo del siglo XVIII», evidenciado en polémicas ya en el s. XVI (cfr. FTH, 95).

En la concepción pluralista de Berlin se defiende, pues, que hay multitud de fines diferentes que los hombres pueden buscar y seguir siendo completamente racionales, capaces de entenderse entre sí y de comunicarse; el reconocimiento de una multiversidad axiológica con valores igualmente originales y últimos, cuya inconmensurabilidad impide cualquier estructura jerárquica. Más cuando «en cuestiones de valoración puede no haber una respuesta verdadera única. La respuesta no se descubre, sino que se inventa» (SG, 47), dice Berlin-Vico o Vico-Berlin, en esta sentencia de viquianismo puro y concentrado. Y dentro de ese universo social y moral pluralista, el hombre es libre de elegir entre los fines de la vida y es libre de inventar respuestas (en vez de admitir que éstas sean inequívocas) ante las cruciales preguntas que siempre atenazan su existencia, en ese mundo complejo, poético y racional.

Como asunción práctica de este pluralismo, queda más que justificado el interés de Berlin por todos aquellos pensadores críticos de lo que podría llamarse el «monismo optimista», a los cuales junta pero no revuelve: Maquiavelo, Montesquieu, Hamann, Möser, Burke, De Maistre, Herzen, etc.; pero sobre todo por Herder y Vico. El Vico que aceptó y defendió que puede haber más de una respuesta válida para cada problema, tal como pensaba que existen distintas civilizaciones y escalas de valores, supone una posición que «lleva al liberalismo y a la

tolerancia. Lleva exactamente a lo opuesto de Maistre» (RJ, 100-101). El racionalismo liberal que profesa Berlin, a quien le interesan más los críticos que los defensores de aquello en lo que cree, ha encontrado en el napolitano un camino original y efectivo. Lo que pudo comenzar siendo un *vico* Vico (o «vicoló», callejón), se ha convertido en una aperturista y amplia *via* Vico, que Berlin pasea tanto en el s. XVIII como al día de hoy, pensando, a tenor de la homogeneidad con sus propias concepciones, más como «un viquiano» que como un «discípulo de Vico» (cfr. CC, 197). Berlin el intérprete de Vico, entra así a formar parte del contenido del discurso por él mismo interpretado. No es de extrañar, por tanto, el recurso constante y la recurrencia cíclica a los mismos temas y cuestiones, donde en cada tratamiento Berlin da una vuelta de tuerca más al objeto de interpretación clarificando gradualmente sus propias posiciones.

4. Esta última idea que mantenemos hace tiempo, generada a través de las lecturas berlinianas, se ve refrendada en el ensayo de Díaz-Urmeneta, quien interpreta también que la *reflexión* de Berlin sobre algunos hitos de la cultura europea (Ilustración, Romanticismo, Marx) no constituyen recepciones o críticas, sino más bien «un modo de pensamiento a través del pensar de otros», comunión entre narrativa y ensayo filosófico (IRM, 199), en donde la reflexión sobre Vico «completará su noción de discurso autónomo» (IRM, 203). El amplio estudio de Díaz-Urmeneta dedica dos capítulos a esta «reflexión sobre Vico» (I: cap. IX, pp. 199-219; II: cap. X, pp. 221-248), en los cuales se relata la interpretación berliniana de los principales temas de interés fundamentalmente en relación con la actividad epistemológica (el estatuto de las ciencias [pp. 203-206], el mundo humano como objeto de saber [pp. 207-209], «fantasia»-*Verstehen*-rechazo del idealismo -es decir, el *Verum* y la *comprensión*- [210-215] y las características de ese tipo de «verum» [pp. 221-224], la Providencia -asociada a una inteligibilidad generaliza- y el «conocimiento incompleto» [215-219], la historia cultural y la pluralidad de culturas [pp. 224-229], el despliegue de las *modificazioni della mente* -«una fenomenología de la experiencia humana»- que al llegar a la identidad del agente «sería una fenomenología del espíritu» [pp. 229-232], la racionalidad y el lenguaje como invención y actividad autoexpresiva [pp. 222-238], y la negación del relativismo mediante la afirmación del pluralismo [238-243]) y, lo que resulta más interesante, el modo en el que desde esta estructura es argumentado por Berlin un «diverso ejercicio de la racionalidad» que posibilita una respuesta a la pregunta por las bases de este ejercicio en la sociedad y cultura modernas (cfr. IRM, 243-248). De tal modo que tanto la hermenéutica como la propedéutica que ésta exige vienen pensadas viquianamente a través del discurso sobre Vico. Teniendo como eje el análisis del concepto berliniano de racionalidad moderna, este exhaustivo estudio sigue la indagación de Berlin en la historia de las ideas, mostrando cómo el análisis de esta racionalidad conduce a la noción berliniana de individuo y, por tanto, desemboca en las polémicas nociones de libertad y pluralismo.

Quien conozca a Vico podrá hallar en el prolífico callejero donde se entrecruzan las múltiples y originales sendas de autores entre los que el pensador británico se mueve, la luminosidad de esa *via Vico* que atraviesa desde la visión del conocimiento propuesta por Berlin hasta su concepción de la intersubjetividad basada en la comunicación. Berlin se ha interesado por Vico, el pensador y el autor enfrentado a una época, pero más que simplemente interpretarlo,

ha continuado pensando en y desde las ideas de éste. Parfraseando las palabras de Schiller sobre el poeta *naiv* citadas por el propio Berlin en su ensayo sobre Verdi: «Él es su obra, pues su obra es él. Sólo alguien indigno de una obra, o que no la entienda, o que se ha saciado de ella, buscará en ella sólo al creador» (CC, 365).

* * *

